

Si ahora quisiéramos sintetizar todo lo que llevamos expuesto diríamos que el principal mérito del doctor Parker es el hacernos ver a Calderón de un modo muy distinto a como lo que había visto el XIX: como un poeta en cuyas obras hallan completa satisfacción todas las facultades del alma que, al ver reflejada en ellas su unidad, encuentra ese equilibrio que constituye la esencia de lo verdaderamente clásico. No creo que sea aventurado decir que el tono cálido en que están escritas las mejores páginas de este libro nace del deseo que tiene el autor de ver de nuevo el arte orientado hacia esa armónica integración. Desde este punto de vista es como mejor puede apreciarse el valor de los autos, así como la perspicacia y penetración con que el doctor Parker los analiza.

ENRIQUE MORENO BAEZ

RODOLFO LENZ, *La Oración y sus Partes. Estudios de gramática general y castellana*. Cuarta edición. Santiago, Chile, Editorial Nascimento, 1944, 572 págs.

Si alguien abre este libro buscando un nuevo "conjunto de reglas para hablar y escribir correctamente la lengua castellana", se lleva por igual un chasco y una sorpresa. Porque, además de no encontrar ni un solo precepto que sosiegue sus escrúpulos gramatiquistas, sí encontrará una continua explicación psicológica, histórica, y comparativa de hechos reales de la lengua, muchos de los cuales serán acaso los mismos para cuya "corrección" andaba solicitando auxilio. O sea, que en vez de reforzar, o aun siquiera repetir las barreras casi siempre artificiales e irreales que las gramáticas corrientes pretenden oponer al desarrollo natural del idioma, este libro se dedica a analizar, sin prevenciones, una serie de sectores muy importantes y comprensivos en la índole del lenguaje humano, tomando por derrotero principal la lengua castellana, pero asomándose de continuo al panorama de otras hablas, una de ellas, el mapuche o araucano, de estructura muy diferente.

El autor, don Rodolfo Lenz, muerto en noviembre de 1938, fue uno de los profesores alemanes que el gobierno de Chile se llevó a ese país, no en fugaz "misión pedagógica", de las que no dejan apenas recuerdo, sino a enseñar de por vida y formar maestros y científicos de la tierra. Poseía dominio completo y fecundo del idioma castellano, evidente así en esta exposición certera de sus fenómenos y peculiaridades íntimas, como en el modo espontáneo, suelto, vivaz, variado, y significativo en que lo emplea, mejor que muchos que en él rompieron a hablar. Lo alentó admiración temprana y creciente, no ciega sino crítica y por lo mismo tanto más sólida y valiosa, a don Andrés Bello y a don Rufino J. Cuervo, cuya verdadera mentalidad de glotólogo y no gramático, supo comprender más claro y más pronto que los propios desorientados adoradores coterráneos del sabio bogotano.

Publicó por primera vez su libro en 1920, dentro de la biblioteca o colección de la *Revista de Filología Española*, a solicitud nada menos que de don Ramón Menéndez Pidal, quien lo prologó. Hizo en año que ignoro una segunda edición, muy poco modificada, según declara él mismo en un *Prefacio* reproducido sin fecha en esta cuarta edición. La tercera fue hecha sin su intervención por el Centro de Estudios Históricos de Madrid, en 1935. Mientras tanto él, en un *Handexemplar* —como la llamaba— de la segunda había venido anotando las mejoras que proyectaba para la que él pensaba que sería tercera edición, que no alcanzó a publicar en vida, y que ahora —mejor dicho, en 1944— ha salido como cuarta, al cuidado del P. Alfonso M. Escudero, agustino, profesor del Liceo San Agustín de Santiago de Chile y de la Universidad Católica de Chile, con esas mejoras y otras más leves del P. Escudero. La edición es modesta pero satisfactoria, y está a la altura de las acostumbradas normas profesionales de todas las imprentas de lengua castellana, o sea, que trae su buen reguero de erratas tipográficas, algunas corregidas a pluma en el ejemplar que tengo a la vista.

Antes de abordar la materia propiamente, el señor Lenz en la *Introducción* hace un breve avalúo de la enseñanza gramatical, que parece ser resumen, o reflejar en compendio los fundamentos de una conferencia dictada por él en 1912 ante la Universidad de Chile, sobre el tema de *¿Para qué estudiamos gramática?* Por mi desventaja, no la conozco; pero de las alusiones que a ella hace y de lo que dice aquí, comprendo, con beneplácito que no quiero disimular, que sus doctrinas concuerdan con las expuestas en las *Indicaciones preliminares del Programa de Castellano* para la enseñanza secundaria que en 1940 redacté por encargo del Ministerio de Educación Nacional de Colombia. Se reducen a dos: la primera, que la gramática no es “arte para llegar a hablar y escribir correctamente un idioma” sino a la inversa, la ciencia o la teoría de los hechos efectivos del idioma, los cuales son anteriores a ella; y la segunda, que por consiguiente, la enseñanza de la lengua no debe nunca empezar por la gramática abstracta, ni menos limitarse a ella, sino a la inversa, debe partir siempre del estudio de la lengua en funcionamiento vivo, “poniendo en manos del alumno un libro de lectura en vez de la gramática”, define Lenz.

La base general y primordial de todo su análisis es que la oración, y no la palabra, constituye la unidad lógica del lenguaje. Del habla humana, el elemento primo, lógicamente individuo e indivisible so pena de perder la integridad expresiva, es la oración, o para evitar las limitaciones de los términos técnicos, digamos más bien, la *comunicación*. Porque no necesita ser siempre una *oración* con todos los requisitos gramaticales de *sujeto*, *verbo*, y *complementos*; puede reunirlos, pero también puede estar reducida a un simple vocativo, a un imperativo, a una exclamación, a un “sí” o un “no”, a un fragmento de frase, como el de quien a la pregunta “¿A dónde vas?” contesta: “A casa”.

Lo que importa es que transmita la expresión de una representación o de una emoción. Las meras palabras, tomadas fuera de contexto, no son más que denominaciones de conceptos, o de relaciones, sin ningún contenido vital o valor expresivo completo.

Se inspira Lenz para este criterio, o modo de aproximarse al asunto, en las enseñanzas de Wilhelm Wundt, de cuya *Völkerpsychologie* hace un previo resumen, no del todo claro en algunos detalles, pero aceptable para dejar comprender a bulto su punto de vista. A la verdad, yo no sé si para justificarlo se necesite tanta complicación. Los alemanes suelen alumbrar poco las profundidades en que penetran, y muchas veces queda la posibilidad de salir al mismo resultado por entre menos vericuetos. Eso me ocurre en el caso presente, quizá por superficialidad de mi manera de pensar. Lo cierto es que la oscuridad en que se me han quedado parte de las teorías de Wundt, según las presenta el señor Lenz, no me ha impedido comprender la explicación psicológica de que la oración sea la unidad lógica irreductible del lenguaje.

Me parece que ese hecho lingüístico universal, a su turno, da la razón psicológica de que en el aprendizaje de lenguas extranjeras es más pungente y duradera la adquisición del vocabulario encontrando las palabras en funcionamiento activo dentro de un contexto con sentido continuo, que en listas inertes sin conexión lógica entre sí. Y contribuye a explicar asimismo por qué en todos los idiomas, todas las palabras pueden asumir varias acepciones, o frecuentemente un mismo concepto puede nombrarse con varias palabras; pues el significado de cada término es de por sí genérico, por representar ideas, o sean reflejos mentales universales de las cosas o los fenómenos exteriores, o de sus posibles relaciones mutuas, o de estados o movimientos interiores, y no se determina o particulariza sino al enfocarse sobre una representación total, ya sea un juicio perceptivo o una emoción interna, cuya expresión es lo que forma la oración. Y a eso también se debe el que las traducciones palabra por palabra, cuales suelen hacerlas los aprendices, no den sentido casi nunca, o cuando más lo den zurdo o enrevesado; sólo puede captarse el pensamiento tomando su expresión por unidades oracionales.

Reconocido ese papel básico de la oración en el lenguaje, y concebida ella no exclusiva y necesariamente en la mera estructura exterior de estar formada por sujeto, verbo, y complementos, sino en su esencia significativa total, entonces sí se comprende la verdadera naturaleza de tantas frases que, como ha dicho Cuervo, "escapan a los esquemas de las gramáticas vulgares", y encierran sentido completo sin tener verbo, y aun rechazándolo en lo íntimo. La exclamación "Linda la noche!", por ejemplo, expresa todo un pensamiento completo; es una oración, no obstante la ausencia de verbo; y muy lejos de llevarlo implícito, como pretende la "venerable rutina" gramatical, no admite ninguno de los conocidos en la lengua. Porque, ¿cuál se le supondría envuelto? *Ser, estar, veo, me parece*, "u otro análogo" que diría un

manual corriente? Cualquier pretensa restauración de ese estilo resulta más débil, y en todo caso, diferente en alcance a la exclamación espontánea, tal como sale del ánimo.

Junto con esta clase de oraciones exclamativas, Lenz señala varias otras frases que, carentes de verbo y hasta no pudiendo suponerseles a muchas ninguno tácito, expresan representaciones u otros actos psíquicos tan completamente como cualquier oración acorde con las definiciones tradicionales. Figuran aquí, entre otras, sustantivos y adverbios en imperativo, como "Ojo!", "Adelante!"; y aquellas frases nominales atributivas, o de calificación, que reflejan el hablar de los indígenas americanos, y otros pueblos, como "Casa, grande", "Jehová, verdadero Dios", y son típicas de las lenguas semíticas y muy frecuentes en sánscrito, griego, y latín, donde los atributos "grande", "verdadero Dios", tienen tanta fuerza verbal, digámoslo así, que para nada necesitan del tal verbo tácito *es* con que trata todavía de explicarlas el atrasado prurito de simetría gramatical.

Varias otras formas de frase nominal pasa Lenz en revista, inclusive aquélla, tan afectiva en las descripciones de la poesía moderna, sobre todo en Juan Ramón Jiménez y sus discípulos, y en Virgilio, hace 2000 años; las del tipo "in foribus letum Androgeo" (*Aen.*, vi, 20) o "Intus aquae dulces uiuoque sedilia saxo, Nympharum domus" (*Ibid.*, i, 167-8). En estas la sola enunciación de los nombres basta para expresar la existencia de las cosas en el teatro de los sucesos, y la forzada inyección de cualquier verbo supuestamente tácito les ablandaría lamentablemente la fuerza descriptiva. Lástima que no agote la materia, así no yéndose a fondo en el estudio, como no completando la serie de los tipos posibles; olvida, por ejemplo, ciertas subordinantes puramente nominales, como la que cabalmente principia esta cláusula, o "imposible que...", "claro que...", "naturalmente que...". Sea como fuere, sinembargo, plantea por primera vez, que yo sepa, en un libro de gramática castellana, una cuestión renovadora, de sumo interés a un tiempo lingüístico y estilístico.

La frase nominal suscita, por asociación y diferenciación, el problema del origen del verbo en las auroras del lenguaje, y sus posteriores desarrollos, hasta llegar a las complicadas formas indoeuropeas, donde se ven con mayor facilidad quizá que en ningún otro fenómeno de nuestra familia lingüística, algunas huellas de la posible evolución aislo-aglutino-flexional del habla humana. El libro de Lenz contiene una disertación sobre este asunto que, si tampoco agota la materia, ciertamente penetra harto adentro y lleva muy lejos en la dilucidación de tema tan interesante y prometedor. El análisis de algunas formas de la conjugación mapuche es un chorro de luz sobre las tendencias lingüísticas humanas hacia la creación sintáctico-morfológica de las formas verbales, vislumbrable modernamente en los futuros y pospretéritos ro-

mánicos. Esta es acaso la parte más inspiradora del libro de Lenz, con serlo tantísimo las demás.

Efectivamente, muchos otros temas contiene esta obra tan sabia como curiosa, es decir, amiga de estar descubriendo problemas glotológicos, que, a cual más, convidan a proseguir la investigación tanto histórica como psicológica. El estudioso que lea esta obra con lápiz y papel al lado, puede irse levantando una larga lista de asuntos para futura profundización, iniciada aquí con mucha originalidad y penetración. Por ejemplo: el estudio psicológico de los diferentes valores de diminutivos y aumentativos, y correspondencia de los sufijos formativos, en el cual Lenz insinúa que no se trata de un mero caso de morfología sometible a "paradigmas", sino de un fenómeno de lexicología condicionado por la psiquis del sujeto parlante; posibles valores significativos espontáneos de las vocales y las consonantes palatales en las voces cariñosas; análisis psicológico de lo que es la *persona* gramatical, y sus medios de expresión; diversos aspectos del sentido reflejo, el reflejo interno y el externo; las tangencias entre el reflejo de varias especies, el sentido medio, y el sentido pasivo, y sus incidencias sobre las formas expresivas; varios interrogantes sobre los fenómenos de ciertas frases relativas; tentadoras exploraciones sobre etapas iniciales en la evolución del lenguaje humano, a propósito del verbo, y del nacimiento y naturaleza de adverbios y preposiciones.

Pero no podía escapar a la influencia de su lengua nativa, rica en palabras compuestas, y entre los adverbios y las conjunciones incluye varias frases usadas en castellano con significaciones y oficios que en alemán se dicen en palabras únicas. Afortunadamente no es esto cosa que alcance a desconcertar a un lector medianamente enterado.

J. M. RESTREPO-MILLAN

JAIME FITZMAURICE-KELLY, *Miguel de Cervantes Saavedra: reseña documentada de su vida*. Traducción española con adiciones y enmiendas revisada por el autor. Buenos Aires, Clydoc, 1944, 242 págs.

Para los interesados en el conocimiento de la filología hispánica y en el de su correspondiente bibliografía, la reimpresión del libro *Miguel de Cervantes Saavedra* del señor Jaime Fitzmaurice-Kelly es suceso evidentemente grato. El ilustre hispanista inglés ha legado, como es sabido, obras de capital importancia en la historia literaria y cultural de España. Su *Historia de la literatura española*, en cuyo *Post-Scriptum* de la versión castellana se leen estas palabras: Lejos de solicitar indulgencia, nada mejor deseo que la indicación de los errores, es la más conocida, sin duda, quizá porque una acogida pedagógica le